

Andrés Nanclares

Abogado de la Universidad de Antioquia. Se gana el pan fabricando *fanfreluches* aristotélicos para que otros los presenten ante la Sala de Casación de la Corte Suprema de Justicia. Se divierte tocando la espinela y la flauta alemana de cuatro llaves y echándole moscas a la leche de los demás. Vive en Satumaá, una casita de sueños situada en un lugar equidistante entre Masallá y Masacá, dos bellas veredas del Valle de los Descreídos.

De repente, murió: que es cuando un hombre llega entero, pronto de sus propias profundidades. Se pasó para el lado claro. La gente muere para probar que vivió. Pero ¿qué es el pormenor de la ausencia?

Las personas no mueren. Quedan encantadas.

CLARICE LISPECTOR

Lo mismo, copiado, me decía esa tarde Joao en su *email*.

Se refería en él a mi padre, su compañero de cacería en las selvas profundas de Bajirá. Y aludía a él porque el día anterior, al segundo de haber disparado su escopeta de dos cañones contra una bandada de pájaros de la lluvia, mi padre había dicho ¡ay! y se había desplomado sobre el piso de la canoa y había expirado en cámara lenta y su piel se había puesto al instante de color violeta.

—Explícame, Joao —le contesté, desconcertada.

—Desacostúmbrate a pensar fácil —me dijo, en tono de regaño.

En el aeropuerto, ese mismo día, recibí la caja hermética de metal en la que Joao había enviado el cadáver.

Enseguida me fui entre lágrimas a la morgue y a la iglesia y al cementerio, y fui sola, sin mi madre, porque ella se había sentido incapaz de afrontar la indiferencia desalmada de la muerte.

En los mensajes que más adelante recibí, se me hizo patente que la partida sor-

presiva de su amigo de tantos años, el de las fuertes afinidades y los hondos desacuerdos, había hecho amargo el tono de las palabras de Joao, y supe también de la tristeza de su corazón contraído por el desamparo y la desventura.

Y me enteré asimismo de que la escritura de uno de sus cuentos, el que al cabo de los años conocimos con el título de “Los hermanos Dagobé”, había sido suspendida a causa de que la congoja de esos días había enturbiado las luces de su inteligencia y sumido su vida en una revuelta marea marcada por el signo del despojo y la ausencia.

Su invitación a dejar de pensar fácil acerca del destino de su amigo me llenó de inquietud. Al fin y al cabo, quien había muerto era mi padre. En su deceso inesperado, y en tan particular circunstancia, había mucho de misterio.

La verdad, me dije, y compartí las dudas con mi pobre y desolada madre, algún vínculo tenía que haber entre este doloroso acontecimiento y algo parecido a una fuerza fuera del alcance de nuestro entendimiento. Decidí, entonces, mandarle un mensaje.

—Mi papá, Joao —le dije—, no puede haberse pasado para el lado claro.

Tuve la ilusión de que me iba a responder cuanto antes. Pero no fue así. Transcurrieron las horas. Pasaron los días.

La espera, cada vez más punzante, me hizo pensar que también había muerto. Pero por canales diversos, llegué al convencimiento de que, por fortuna, aún vivía. De pronto, el día menos pensado, encontré en mi portátil esta respuesta:

—El lado claro, Maritza, está en el fondo de la pupila del pájaro de la lluvia.

Obvio que no entendí.

Hablé con mi madre y le pedí que me diera su opinión sobre el significado de estas palabras.

No supo qué decirme.

Entré a Google y busqué todo lo que había sobre el pájaro de la lluvia.

Leí textos y más textos sobre el modo de vivir de esta ave, y miré y volví a mirar cientos de fotografías.

Poca claridad, por no decir ninguna, obtuve de esa información.

Esta mañana, mientras me aprestaba a desayunar en La Bagatelle de la calle 94, consulté, como todos los días, mi portátil.

Entre los múltiples mensajes de condolencia que hallé, vi uno de Joao.

Lo abrí de inmediato y me pareció que era extenso y denso.

No me daba su pésame ni le enviaba un abrazo a mi madre.

Se extendía en explicaciones, como si estuviera loco, sobre la experiencia de lo trascendente.

Refería que mi padre nunca había sido consciente de sentirla, puesto que su antiguo oficio de amansador de caballos le había impedido ocuparse de profundidades.

Pero, de todas formas, me decía, siempre tuvo claro que en la mirada de los demás, en la fuerza de arrastre de los ojos de los otros, estaba el encanto vital de hallar la plenitud y entender quiénes somos y qué significamos en el mundo.

Al tanteo, quise entender que mi padre, según Joao, y sin que en mi casa lo supiéramos, había vivido de conformidad con un irrefrenable sentido de lo sagrado.

Y quise entender también, otra vez al tanteo, que quizás ese sentido de la interrogación y de la espera, esa señal que avistó en los ojos de los pájaros de la lluvia al momento de dispararles, era el mismo sentido de continuidad que había querido darle a su propia muerte.

Ninguna de estas respuestas me satisfizo.

Pensativa, tomé un sorbo del café caliente que habían acabado de ponerme en la mesa.

Miré de reojo la pantalla de mi portátil y vi en ella otro mensaje. Era de Joao.

—No te angusties, Maritza —me decía—. Tu padre no ha muerto. Ha quedado encantado en la profundidad de los ojos del pájaro de la lluvia.

No supe qué pensar. En la neblina matinal de la calle 94, fijé mis ojos en el humo del café y tuve una visión. Entre ese hilo de humo, sonriendo, estaba mi padre.

Y sentí que yo, la hija del amansador de caballos metido a cazador, estaba en él. Sentí que yo, la hija del amansador de caballos metido a cazador, estaba en la insondable profundidad de su mirada. ■